

DECISIÓN VITAL.

Hay una cosa que todas las personas hacemos en nuestra vida constantemente: tomar decisiones. Lo hacemos todos los días infinidad de veces. Algunas decisiones ni siquiera nos damos cuenta de que las estamos tomando, porque ya se han convertido en rutina o porque las hacemos inconscientemente (levantarse, lavarse, desayunar, etc.).

Estáis aquí porque habéis tomado una decisión, porque habéis decidido casaros y, además, casaros por la Iglesia y nosotros queremos que esta decisión no sea una más de las muchas que tomáis a lo largo de vuestra vida. Pretendemos que sea una decisión reflexionada y querida de verdad y no fruto de la costumbre o de la norma.

A pesar de muchos años de relación de novios, a pesar de estar viviendo juntos, a pesar de tener hijos en común, a pesar de lo que puedan decir las familias o los amigos: no toca casarse. Los muchos años de noviazgo o la convivencia en común, o los hijos, no obligan. Nada de eso obliga a casarse. El tiempo previo al matrimonio es para conocerse, para reflexionar y para decidir consecuentemente.

Por tanto, que nadie se sienta obligado. El sacerdote os preguntará “venís libre y voluntariamente a contraer matrimonio”. La libertad y la voluntad deben darse en vuestra toma de decisión.

Pensad sobre los motivos por los cuales decidís casaros: que vuestra decisión sea fruto de la reflexión y no sólo de los sentimientos; el amor, no debe ser sólo un sentimiento, el amor debe pasar por la razón y por la voluntad. Por lo tanto, vuestra decisión debe salir del corazón, pero pasando por la razón, no debe ser una decisión tomada desde la rutina o de la prisa.

Para poder tomar una buena decisión, hay que pararse a pensar. Hay que querer, querer.

Porque me imagino que, aparte de hablar sobre los trajes de boda, la casa, el banquete, el viaje de novios, etc., también habréis hablado de otros temas, de temas como el amor, la fidelidad, el respeto entre los esposos, el trabajo, el cuidado y educación de los hijos, el trato con los padres y familias, los valores e ideales del otro, su fin en la vida, sus proyectos, etc., ¿o no?

¿Compartís aficiones? Donde están mi tiempo y mi dinero, allí está mi corazón.

Y es que, igual que va a llegar el día de la boda y queréis que todo esté perfecto y que todo salga bien, y para que así sea lo estáis preparando con mucha ilusión y con todo detalle, también llegará la convivencia (para algunos ya ha llegado), el día a día, las dificultades, los problemas, los hijos (para algunos ya han llegado), el trato más intenso y continuo con las familias políticas (para algunos ya ha llegado), etc., y para afrontar esto también debéis estar preparados. La boda dura un día, el Matrimonio es para toda la vida.

Testimonio: en la riqueza, en la salud, los hijos.

La decisión de casarse incluye muchas cosas. Y nosotros pretendemos que os paréis un poco durante este tiempo del cursillo, que lo dediquéis a VOSOTROS.

Para poder tomar una buena decisión, en primer lugar, hay que saber ¿por qué? y también ¿para qué? Es decir, necesito un motivo y una finalidad. Es sencillo.

Y es que la decisión de casarse es una de las más importantes de vuestra vida. Debéis tener siempre presente que habéis decidido casaros por la Iglesia y eso conlleva una serie de compromisos que hay que cumplir para toda la vida.

El matrimonio católico es un compromiso permanente, debéis pensar y tener claro que la promesa de matrimonio es para cumplirla siempre. Cuando repetáis esas palabras ante Dios, no ante el Juez o el Alcalde que son personas como vosotros, sino ante Dios (porque debéis saber que el matrimonio por la Iglesia no es un simple acto social, sino que es un Sacramento y eso quiere decir que el Espíritu Santo está actuando, que Dios se está comprometiendo con vosotros el día de vuestra boda), bien, cuando digáis esas palabras, no estaréis diciendo unas frases bonitas, sino que os estáis comprometiendo a cumplirlas todos los días de vuestra vida.

Aunque puede parecer que es sencillo, que todos los que estáis aquí sabéis perfectamente para qué os casáis; puede que alguien no lo tenga muy claro, o que su finalidad, que el objetivo que pretende dar a su matrimonio, esté equivocado, o que tenga “nudos” en su interior.

Debéis tener claro que nadie se casa para ser enfermera/o de nadie, ni criada/o, ni mecánico/a, ni chofer, ni suministrador de sueldo, ni cocinera, ni para suplir el papel de los padres. No busquemos eso en el matrimonio, porque el matrimonio no es para eso.

Entonces yo os pregunto: **¿Por qué os casáis? ¿Para qué os casáis?**

Casarse es elegir, como camino para la propia felicidad individual, una técnica enrevesada que consiste en dedicarse a hacer feliz al otro. Casarse es ser feliz, haciendo feliz al otro. Es compartir la felicidad.

El matrimonio no es hacer mangas ni capirotos, ni amasar dinero y bienes, ni tener una casa preciosa, ni todas esas cosas que hemos visto antes: el matrimonio es ser feliz y hacer feliz, y ahí es donde está lo difícil.

El matrimonio es amar sin condiciones; es compartirlo todo; es perdonar; es ser respetuoso al límite; es ser fiel en todos los aspectos de la vida (se puede ser infiel de muchas maneras); es ser comprensivo con los fallos o defectos del otro, con lo que no nos gusta de nuestra pareja; y esto último es muy importante.

Debemos aceptar a la otra persona tal y como es, con sus virtudes, que serán muchas, pero también con sus defectos, si le queremos o la queremos de verdad, aceptaremos todo eso, porque nos hemos enamorado de esa persona, tal cual es, sin más ni menos, olvidaos del "ya le cambiaré".

- 1.- ¿En qué cosas os cuesta más ponerlos de acuerdo?
- 2.- Lo que más te gusta y lo que menos te gusta de tu pareja.
- 3.- ¿Qué cambiarías de tu pareja?
- 4.- ¿En qué necesito cambiar yo?

Sed sinceros con vosotros mismos y hablad abiertamente sobre vuestros obstáculos, vuestros temores, vuestros reparos, vuestras dudas. Sed valientes para tomar una decisión correcta desde ahora. Sólo vosotros sabéis si tenéis suficiente base para seguir adelante o retrasar vuestro compromiso, o romper vuestra relación y quedar como amigos. Ahora tenéis la oportunidad de ver si sois o no, el uno para el otro, y si os podréis aceptar, adaptar y amar tal y como sois.

El pilar fundamental del matrimonio debe ser el amor sin límite, la entrega total por parte de los esposos, uno hacia el otro, porque dentro de esta afirmación se engloba todo lo demás que podáis pensar. Si os amáis profundamente y os entregáis por entero al otro, no existirán envidias, ni egoísmos, ni malas palabras, ni mucho menos, malos tratos, ni irritaciones, ni cansancio, ni aburrimiento, ni celos. Si cada mañana vuestro objetivo es hacer feliz a vuestro esposo/a, nada de lo que pueda pasar hará temblar ni derrumbarse vuestro matrimonio.

Amor sin condiciones, fidelidad, perdón desinteresado, entrega, generosidad, paciencia, respeto, confianza, trabajo, ahorro, sinceridad, diálogo, comprensión...

Y esto solo se consigue si se hace con amor, si existe un amor verdadero (no enamoramiento o romanticismo).

El matrimonio por nuestras propias fuerzas es imposible, necesita un "extra": Jesucristo.